



UNA ESCENA EXISTENCIALISTA EN LAS CATACUMBAS DE SAINT JULIEN LE PAUVRE (PARIS).

# LOS MALDITOS DEL EXISTENCIALISMO

**E**L existencialismo, en su expresión aparatosa y externa, no es más que una invención parisina, como la Torre Eiffel o el «can-can». Sería estúpido preguntar a estos comparsas de las fotografías por un principio formalmente filosófico o siquiera literario en

torno a lo existencial o al existencialismo. La guerra ha traído sobre Europa, entre otras catástrofes, un desmoronamiento ético, una descomposición espiritual y hasta un escepticismo en las juventudes de ciertos países combatientes, que han derivado en la irrespon-

sabilidad y la frivolidad al través de la mascarada. Subsiguieren quizá estas manifestaciones juveniles a los propios principios literarios y filosóficos de los escritores existencialistas, pero, en el fondo, la mascarada se hubiese producido lo mismo sin los textos de Sartre.

*(Continúa en la página siguiente).*



EN EL «CAFE DE FLORE», DE SAINT GERMAIN DES PRES, LA EXISTENCIALISTA HA INVENTADO SU NOVIO ideal; un maniquí, con el que anda por Paris, enamoradísima y «epatando» a los turistas ingenuos y bobalicones.



EL «CAFE DE FLORE», EN EL PARISINO SAINT GERMAIN DES PRES. EL «CAFE DE FLORE» ES EL MAS famoso lugar de reunión de los existencialistas de la capital francesa, aunque los «malditos» estén hoy en otros puntos.

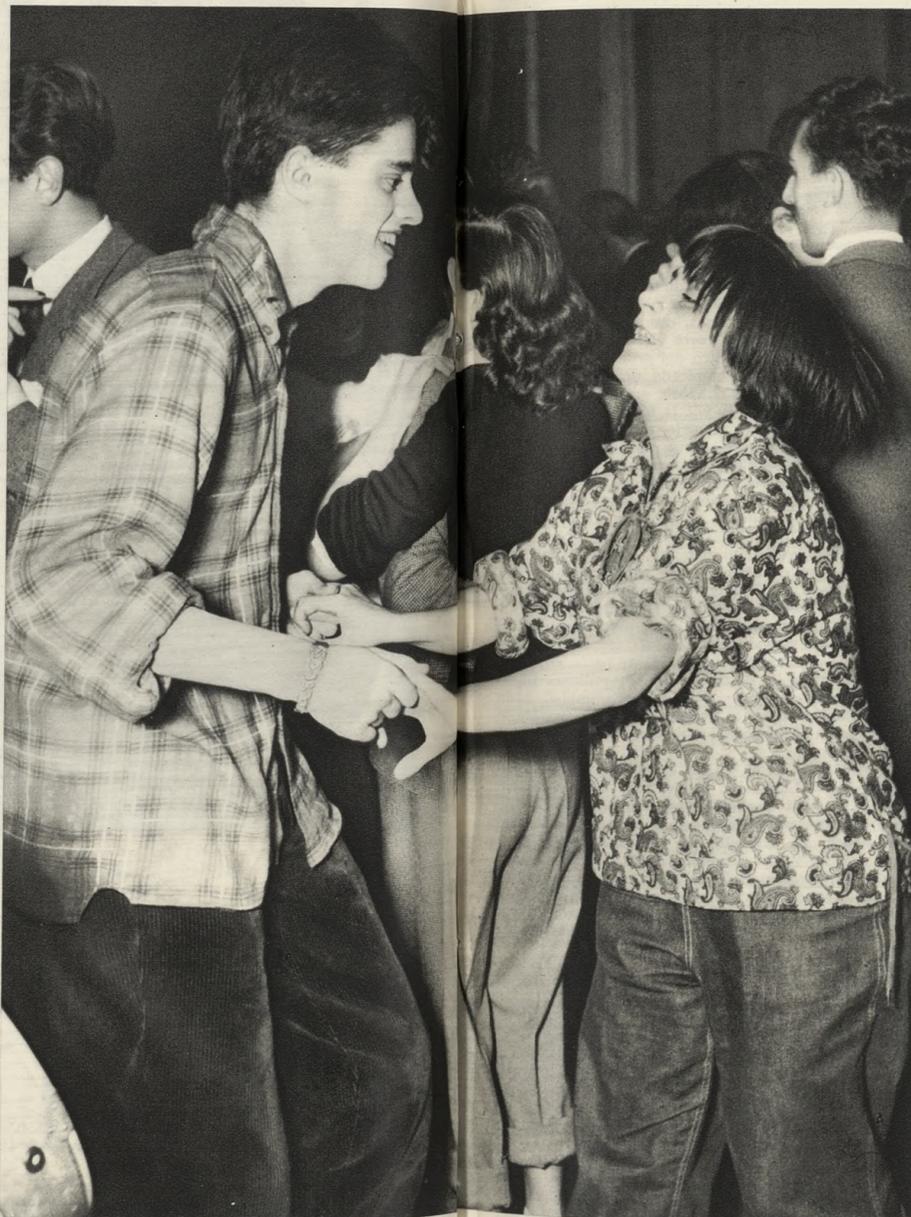
Este espectáculo decadente nace, en efecto, de la guerra europea (y de la descomposición de algunas naciones europeas), pero se dirige primordialmente al turista como un espectáculo barato. La angustia de Europa puede ser uno de los «slogams» de arranque del existencialismo y aun de nuestra propia inquietud espiritual y vital, pero conviene pensar que estos jóvenes franceses están realmente subvencionados por el Plan Marshall y que sus respectivas inquietudes personales no se encuentran muy azotadas por aquella angustia. Mejor podría decirse que ni la ven ni la sienten, a pesar de la suerte de su patria en la última guerra y a pesar de la suerte de su patria en un porvenir inmediato en que puede ser invadida por cuarta vez en los últimos ochenta años.

Mientras la gran mascarada se escenifica cada noche en el París para la exportación, Francia se constriñe y pierde sus plataformas mundiales. Es posible que esta triste suerte de Francia la sintamos más nosotros que muchos de sus jóvenes, «pollús» imposibles ya para hoy. Mientras los «malditos» del existencialismo bailan, se pierde Indochina. La cochambre puede hoy con el Imperio. La estupenda Francia de las formas ve a una parte de su juventud entregada al carnaval permanente: es el adiós a la ética y a la estética. Mientras, las últimas promociones de Saint-Cyr mueren heroicamente contra un comunismo lejano que se está apoderando de las colonias, de modo ya inevitable. Dan-

ce mos, amigos. Otro héroe de Saint-Cyr consume su última niñez en el presidio de Yeu, ante vuestra indiferencia. Y la mejor mente de Europa—Charles Maurrás—, está también en presidio. ¿Qué tiempo os quedará para la mascarada?

Es triste todo esto y nosotros lo sentimos por Europa y por Francia. Conturba pensar que, ante la nueva hora H del nuevo día D—la hora y el día del emplazamiento próximo—, los héroes franceses reservados para entonces no existan ya porque hayan ido cayendo lejos de la metrópoli. ¿En qué nuevo y futuro Verdún iba a sublimarse el heroísmo de ese joven Delatre de Tassingny, caído ya antes de tiempo? ¿Qué quedará para entonces? ¿Sólo esta juventud viciada, borracha y estúpida?

Lo que en Sartre, Camus o Gide—ya verá el lector por qué se cita a los tres—era sólo literatura e imaginación, en un grupo de adolescentes franceses fué en 1948 imaginación y realidad. Imaginación o mimetismo. La literatura francesa de los últimos tiempos abunda en episodios como el de aquel muchacho que mataba gallinas a cuchilladas, recreándose, y se embadurnaba y se empapaba después brazos, piernas y torso con la sangre caliente del animal. Sentía así un gran placer, una honda fruición. Pero antes que



DE PARIS, EL EXISTENCIALISMO HA SALTADO, insospechadamente, a Suiza. En Lausana, los «ratas»

tienen ya su centro, en un hotel céntrico, para tristeza de la muy limpia y pulcra Confederación Helvética.



ESTA MUESTRA DEL EXISTENCIALISMO NO OFRECE MUCHA ORIGINALIDAD. SALVO QUE LA BORRACHERA no es la excepción de un día a la semana, sino lo cotidiano. Mientras, los últimos héroes se queman en Indochina.



LOS «RATAS DE CUEVA» SUIZOS ESCUCHAN, VARIOPINTOS, a la cantante existencialista Renee Dominique.



JEAN-PAUL SARTRE, EL BRILLANTE ESCRITOR, capitosté teórico del otro existencialismo: el literario.



**LOS PRINCIPALES TESTIGOS DEL CRIMEN DEL BOSQUE DE MALNOUE, A QUE SE REFIERE NUESTRO artículo, esperan la hora de prestar declaración ante el tribunal. Casi todos sonrien, tranquilamente, como si no hubiese pasado nada. De izquierda a derecha: Bernard Petit, que organizó el asesinato (el «crimen perfecto») y entregó la pistola al asesino; Nicole Illy, la muchachita aprendiz de vampiresa por la que fué muerto Alain Guyader; Jo Graziani, que no tiene nada que ver en el asesinato, aunque era el novio oficial de Nicole, y Gérard Bureau, que asistió a la devolución de la pistola. La «foto»—todo un documento—corresponde a este año (1951). El crimen se cometió en 1948.**



**LAS AUTORIDADES Y LOS ENCARTADOS, EN EL BOSQUE DE MALNOUE, EN EL MOMENTO EN QUE VA A ser reconstruido el crimen. En primer término, tras el fotógrafo, Claude Panconi, autor material del asesinato. Dos metros más atrás, Nicole Illy, la «vamp» infantil que formó parte del «tribunal» que condenó a muerte a su otro novio, Alain Guyader. El crimen conmovió a Francia, en los finales de 1948. Y el recuerdo ha vuelto a conmovierla en esta primavera última, al celebrarse la vista del proceso en la Audiencia de Saine-et-Marne. La prensa francesa, y en general la europea, ha señalado el crimen como una consecuencia de la literatura existencialista o filoexistencialista.**

Camus, ya «Pascual Duarte» se regodeaba con algo parecido.

En el grupo de adolescentes (1948 y penúltimo curso del Liceo George Sand, de París), se hallaban Alain Guyader (hijo del secretario municipal del Tercer Distrito), muchacho imaginativo y fanfarrón que ejerce gran ascendiente sobre sus compañeros; Bernard Petit (hijo de un alto inspector de la policía), último de la clase, que odia a Alain, aunque le obedece; Claude Panconi (hijo de corso), poco expresivo, bastante bruto, inteligencia limitada y el de más edad—18 años—entre todos los alumnos del Liceo, por lo que se siente humillado, aunque se considera hombre fuerte (Claude Panconi ha leído a Gide, Camus y Sartre, según confiesa en su diario); Nicole Illy, una muchachita insignificante, pero con aires de «vampiresa» y, en su juventud, ajena ya a toda moralidad; Gérard Bureau, Roger Yakoubovitch, Guy Guiard y Paúl Rosenbaum. Esta es la pandilla escolar.

Claudio Panconi se enamora de Nicole. Pero antes de que conquiste el corazón de la muchacha se adelanta el altivo Alain Guyader, cacique del grupo. Alain inventa mil fantasías de espionaje en las que aparece como héroe; aprovecha argumentos de películas, se presenta a la muchacha como hombre cínico, como contrabandista de estupefacientes, como «gigoló»... Y Nicole, encantada. Claudio Panconi trata de desplazar a Alain, inútilmente. Para emular a su rival y «epatar» así a la jovencita, Claudio Panconi recurre a la imitación: muestra un tubo lleno de polvos de arroz, pero diciendo que es cocaína y, de cuando en cuando, se aplica unos gramos. Además, adquiere una vieja pistola, lleva bajo la solapa una cruz svástica hitleriana y afirma—inventa—que es agente de una organización clandestina a las órdenes de Martín Bormann. Alain Guyader da la réplica: dice que pertenece al Intelligence Service, que ha tenido un hijo con una amante, que a la amante la tiene instalada lujosamente nada menos que en el Hotel Crillon, que gana miles de dólares como traficante de armas y que forma parte de una banda de «gangsters», al frente de la cual ya ha matado a algún traidor... (En el juicio, dirá Claudio Panconi: «Esto no me causó ninguna impresión.») Un día, Alain mostrará a sus condiscípulos un fajo de dólares. Los muchachos quedan impresionados (no se han dado cuenta de que los billetes son de publicidad, impresos por una sola cara) y no dudan ya de que Alain es traficante en armas, «gangsters», etc.

La muchacha, Nicole, corre ciertas aventuras con algún otro joven, al margen del grupo, durante unas vacaciones. Su madre, empleada de Correos, decide internarla en un colegio. Nicole acude al enfático y fabuloso Alain, proponiéndole la fuga, pero Alain, con su mejor prosopopeya y su mejor misterio, dice que no puede abandonar París. Nicole, entonces, hace la misma propuesta al pretendiente despreciado: Claudio Panconi. Y Claudio afirma sólememente: «Yo te salvaré, Nicole. Huiremos a Africa. Falta el dinero, pero Claudio no olvida que su rival, Alain, tiene una fortuna en dólares. Aquí entra decididamente en juego Bernard Petit, quien, en el fondo, odia a Alain. Petit será el cerebro de Claudio. Los condiscípulos (Petit, Nicole, Bureau, Yakoubovitch, Quiard y Rosenbaum), se reúnen en asamblea en casa de Claudio, donde deciden constituir un movimiento de partisanos para el caso de una nueva guerra. «¿Y Alain?», dice uno. «Alain—aclara la despechada Nicole—es agente ruso». «Matemos a Alain—propugna Petit—y con sus millones financiaremos nuestra organización». Por unanimidad, Alain es condenado a muerte. Bernardo Petit organizará lo que él llama el «crimen perfecto». Y Claudio será el brazo ejecutor.

Citan a Alain en el bosque de Malnoue, el 9 de diciembre, con el pretexto de explorar un pasaje subterráneo... Petit organiza todos los detalles, entrega a Claudio una pistola (que antes ha sustraído a su padre, el inspector de policía) y se retira a tiempo, para volver cuando Alain esté muerto, a fin de desfigurar el cadáver hasta hacerlo inidentificable: hay que lograr «el crimen perfecto». Mientras, Quiard y Rosenbaum se encaminan al Hotel Crillon, para arrebatarse los dólares a la supuesta amante de Alain.

Petit da las últimas instrucciones a Claudio. Claudio y Alain van por el bosque. Claudio se coloca, en un instante, a espaldas de Alain y dispara a quemarropa... Después se apodera de la inmensa fortuna de la víctima: 240 francos...

El delito, con sus antecedentes, conmovió a Francia entera. A media Europa. Algún periodista señaló que el espantoso crimen imitaba a cierta página de «Faux-Monnayeurs», de André Gide. (Gide, poco antes de su muerte, escribió al padre de Alain, rechazando, horrorizado, aquella especie.)

¿Quién es el culpable? ¿Claudio? ¿Bernard? No. El clima moral, la atmósfera en que se desenvuelve una juventud más próxima a la crapula de los cafetines que a Indochina, más cerca de los malditos del existencialismo que del esfuerzo heroico del teniente Delatre.